

de no llegó con motivo de la devolución de Menorca á España, que le ofreció en la retirada sede de Albarracín honroso descanso á sus fatigas. Sabe Dios en qué hubiera parado la violenta persecución contra el vicario general y los párrocos, si en cumplimiento del tratado de Amiens no se amainara en Junio de 1802 el pendón inglés, cesando la ocupación efímera de cuatro años no completos. Si no bendijo con más transporte la isla su restitución á la madre patria, cúlpese á las agitaciones y disturbios que en Mahón sobre todo hizo sentir la guerra de la Independencia, y á las interminables vicisitudes en que revivieron una vez y otra sus tradicionales instituciones hasta morir definitivamente á manos del constitucionalismo moderno.



CAPÍTULO II

Ciudadela.—Ferrerías, castillo de Santa Águeda.—Mercadal, el Toro, Fornells

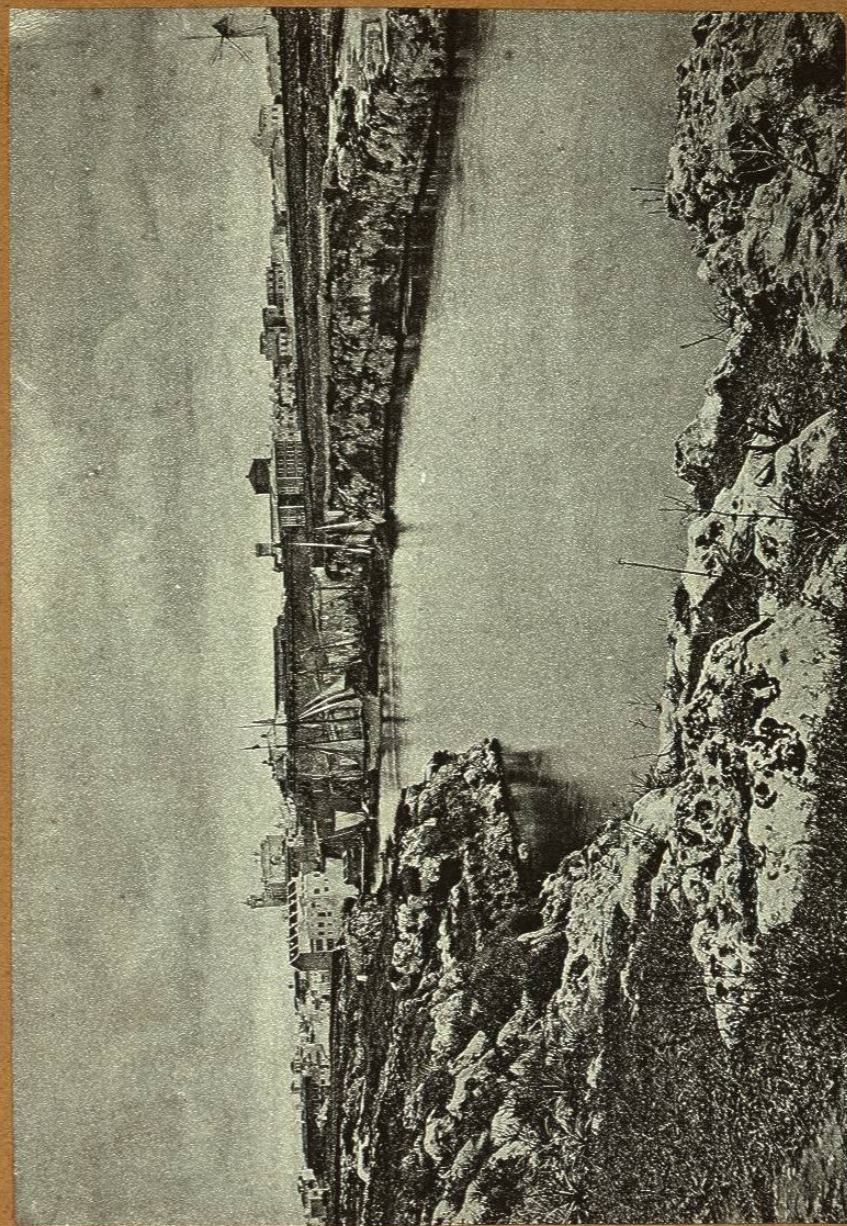
LA historia del país, más detenida de lo que me propuse, no me dispensa de trazar, en cuanto es dado á la pluma, los rasgos de su semblanza, que los hechos enarrados encienden en los lectores mayor deseo de conocer, estableciendo curiosas relaciones entre los lugares y los sucesos, y comparando la realidad con el tipo imaginado. No importa que sea avara en Menorca de paisajes la naturaleza, de monumentos el arte: trátase de presentar tal cual son los objetos, y no es menester para que interesen idealizarlos. Veamos el actual aspecto de la Jamnona cartaginesa fundada veinte y dos siglos atrás; de la residencia episcopal coetánea de Jerónimo y de Agustín; de la capital sarracena que al pasar á serlo cristiana trueca un nombre ignorado por el diminutivo de ciudad; de la que absorbe bajo la dependencia de Mallorca, Aragón y España la representación y el gobierno de la isla, no quitándose sino la dominación extranjera, al través de la cual ha logrado no obstante salvar la

supremacía eclesiástica; de esa Ciudadela tan vecina, tan asimilada en raza, en carácter, en costumbres, en intereses á la mayor Balear, con la cual cruza sus fuegos, y sin embargo tan ingratamente olvidada desde la postrer centuria y aun después de reincorporada á la provincia, que su nombre y hasta el insular de Menorca han llegado á caer poco menos que en desuso, prevaleciendo sobre entrambos el de Mahón por motivo de su famoso puerto, cuya importancia parece no haber llegado á comprender nuestra nación hasta que otras se lo tomaron (a).

Henchidas de propicio viento las latinas velas, en menos de cuatro horas, desde el fondo de la bahía de Alcudia ó desde la avanzada de Cap-de-pera, atracan á la frontera costa menorquina abierta al poniente; y dejando á la derecha el faro de Artuig (b) y á la izquierda la blanca Torre del Ram, enfilan en dirección á nordeste el angosto puerto de Ciudadela, en cuyo extremo asómase la población á sus murallas que no por todos lados la circuyen. Desmantelada por el del sur para convertir en moderno ensanche su belicosa cintura, por el opuesto cercada aún de antiguas tapias, y destacando de su centro un robusto baluarte por muestra de la fortificación del siglo XVII, presenta tres diferentes épocas en su recinto, lo mismo que en las construcciones que sobresalen, uniformadas por un blanqueo tan favorable á su conservación y lucidez, como reñido con la pintoresca variedad. Nada ha logrado escapar de él, ni siquiera la gran nave de la iglesia principal con la octógona aguja de su campanario, ni las dos gemelas torres de la del Socorro, ni el cuadrado cimborio de la de San Francisco, ni el remate del obelisco recién erigido en el Borne al glorioso recuerdo de 1558,

(a) Va remediándose de cada día esta absurda sinécdoque de tomar la parte, no sólo por otra parte, sino por el todo, que procede de rutinaria inadvertencia más que de error formal, sobre todo desde el desarrollo marítimo que ha tomado Ciudadela con las visitas de sus vapores á los puertos de Sóller y Pollensa.

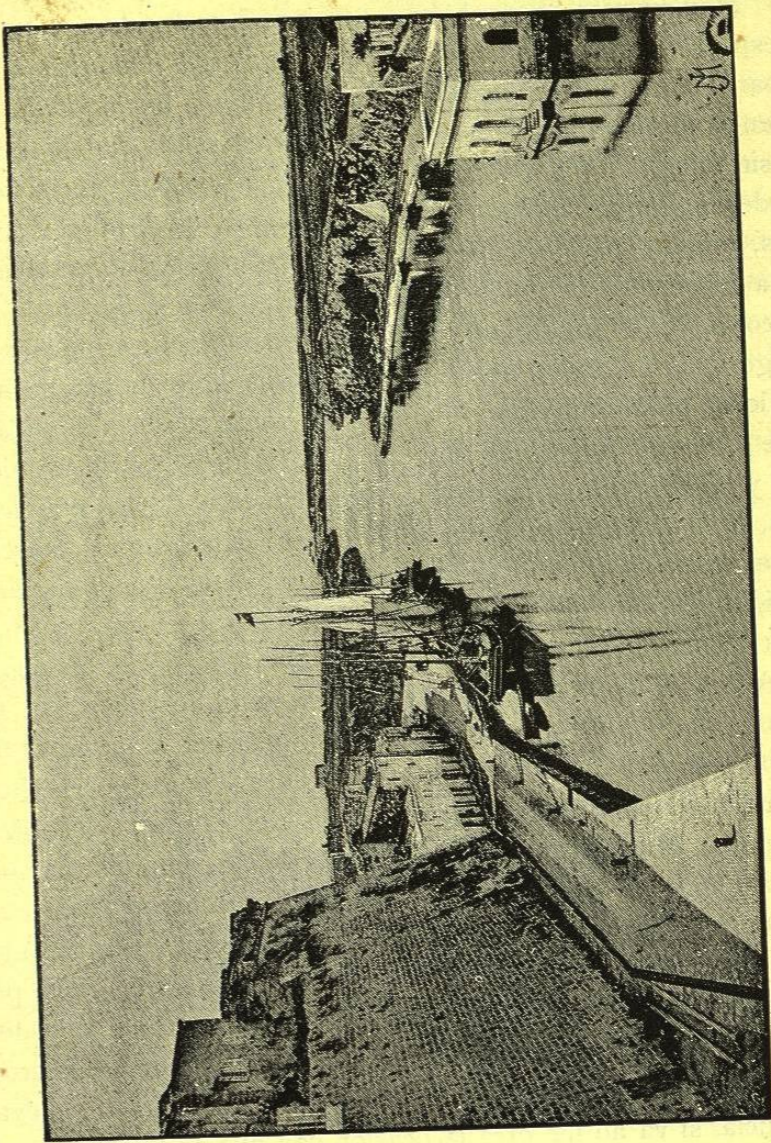
(b) De las antiguas escrituras se desprende que *Artuig* y no *Artruch* es el legítimo nombre del cabo, aunque se ignora su arábica etimología.



ISLAS BALEARES

MENORCA. — Ciudadela

ISLAS BALEARES



PUERTO DE CIUDADELA

únicos puntos culminantes sobre los innumerables terrados y lumbreras del caserío.

Movimiento no se busque en aquel reducido puerto, aun después de mejoradas á fuerza de obras sus condiciones y de aparecér entre los mástiles de sus jabeques y balandras la chimenea de su vapor semanal: las dormidas aguas reflejan tersos y sin pliegue los objetos duplicándolos inversamente, edificios, andenes, buques, ribazos que se prolongan quebrados y sinuosos, aunque paralelos, hasta la embocadura, donde se asienta á la derecha de la salida el faro, á la izquierda el fortín de San Nicolás. No es sin embargo soledad melancólica, es apacible sosiego lo que allí se respira; á todas horas sirve de antepecho á curiosos y desocupados el camino del borde titulado de *Abaix*, que converge con el que va recto á la fortaleza, paseo tradicional y predilecto por las tardes, especialmente de los días festivos, falto de sombra y de verdor, pero despejado y fresco á veces en demasía. Es delicioso á su extremidad contemplar al abrigo del renovado castillejo el ocaso del sol tras de las imponentes cordilleras de Mallorca, divididas como en dos grupos, el de Artá y el de Pollensa, por ocultarse en el horizonte las tierras bajas de la bahía que los enlaza; préstase atención al fragoroso mugido de las olas en la caverna del *bufador*, y échase de menos la capilla que, bajo la advocación también del santo obispo de Mira, allí contigua existió desde remotos tiempos hasta 1799, por más que á su antigüedad no correspondiese ya su postrera forma. Para no volver á la ciudad por los mismos pasos, ofrece cómodo y grato rodeo, costeadó hacia 1811 por el obispo Juano, la cala del *Degollador* que en aquel sitio desemboca, pretendiendo recordar con su siniestro nombre la cruel matanza de cautivos que el turco sitiador á sus retiradas cuevas conducía, si ya no fué otra la ocasión con que se le impuso (a).

(a) Observé ya, al relatar el infortunio del 1558, que esta tradición no se apoya en documentos, y que hace improbable el degüello el gran número de prisioneros que se llevaron los turcos ávidos del rescate.

Ciudades abiertas, como de más de veinte años acá se ha propuesto serlo Ciudadela, obligada quizá por la estrechez del marco que comprimía su desarrollo, apenas se conocían en la antigüedad, y menos estando como ella situadas en terreno llano sin ninguna defensa natural, y á orillas de un puerto, y en pequeña isla codiciada de poderosos vecinos. Así es que desde su fundación primera, sean cuales fuesen sus dueños y el nombre que llevara, puede asegurarse que tuvo murallas, fenicias ó púnicas, romanas, bizantinas, arábicas, más ó menos rudas, más ó menos fuertes, según el grado de importancia ó de cultura que alcanzase. Que proceda del tiempo de los moros el lienzo que la cierra por el lado del puerto, desde el bastión *del Gobernador* hasta el *de la Fuente*, dominando los huertos y fábricas que trepan hasta muy arriba por las rocas del barranco, no es opinión admisible, aunque parezca confirmarla la vetustez de la obra (a): resto es de la cerca levantada luego después de la conquista por manos de los vencidos que en servidumbre quedaron, reemplazando sin duda otra anterior y abarcando la población aumentada, pues en 1303 mandó Jaime II indemnizar las casas tomadas al efecto. Con el producto de la sisa y de porción de las multas siguió la construcción del muro y de sus torres hasta el promedio del siglo XIV, en que dispuso Pedro IV unirlo con el alcázar para que sirviera éste como de postrer refugio á los sitiados. En su puesto inmemorial subsiste la histórica residencia de los gobernadores de la isla y antes seguramente de los jeques sarracenos: mutilada, rehecha cien veces según la necesidad del momento, perdido con los mezquinos remiendos su carácter, convertida hoy en estación telegráfica, apenas da idea de alcázar si no fuera por el vasto baluarte que llevando su nombre forma en cierto modo su pedestal sobre la

(a) Se la conoce con el nombre de *Muradetá*, y denótase que ha sido distintas veces reparada. Véanse en el anterior capítulo los datos históricos á que me refiero.

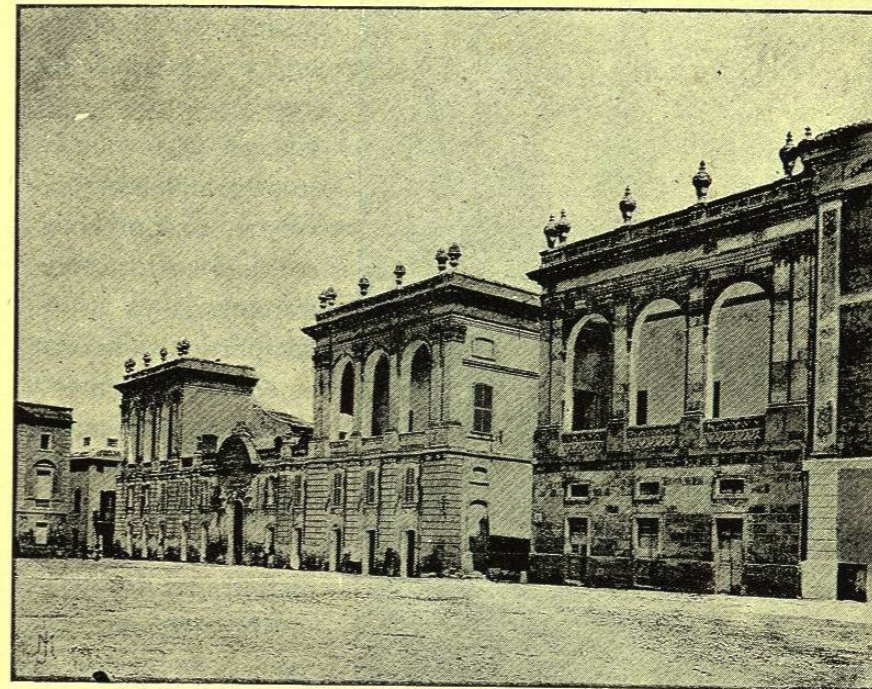
bajada al puerto y sobre la esplanada exterior (a). Por dentro de la ciudad tenía delante la del Borne, dilatada antes de reducida por el actual paseo: falta á su lado desde el derribo de las murallas la famosa puerta de *Salas*, así llamada ya al tiempo de la heroica defensa contra los turcos, una de las cuatro puertas que abría á los vientos cardinales la plaza, no sólo en la cerca últimamente demolida, sino en la más combatida y más duradera á pesar de su fragilidad, que resistió con tanta gloria en 1463 á los rebeldes catalanes y en 1558 á un ejército de quince mil corsarios.

Sorprende, al dar vista al Borne, la magnificencia de la entrada, digna por cierto de una capital, cuyo frente á lo largo constituyen tres suntuosas casas, no precisamente modernas aunque de la corriente centuria: dos de principios de ella, á saber la de Vigo con sus siete balcones en fila sobre fondo pintado, y la de Martorell que no presenta por aquel lado sino una elegante galería de tres arcos con pilastras y antepecho y cornisamento adornado á trechos de jarrones; de mediados de este siglo es la del conde de Torresaura, imitación de la segunda, cuyo largo frontis sobre el cuerpo bajo almohadillado consta de dos galerías semejantes aunque inferiores en gentileza á la descrita, mediando en el centro encima de la portada una espaciosa azotea. Forman esquina dicha casa y la de Martorell con la hermosa calle que las separa, prolongando en ella sus fachadas, aquella con cierta monotonía de ventanas no salientes á guisa de colegio (b), ésta con la graciosa arquitectura que la distingue. Ha desaparecido de uno de los lados del Borne, dejando entrever en un ángulo su iglesia, el convento de Franciscanos,

(a) No acierto á fijar dónde estaba situado y sobre qué cauce ó foso el *punte del Rey* que tenía que atravesarse para ir desde el alcázar al puerto.

(b) Hospedóse en esta morada la reina Isabel II al aportar á Ciudadela en 17 de Setiembre de 1860, con cuya ocasión se comparó la longitud de su salón principal con la del de *Embajadores* en el real palacio de Madrid, resultando insignificante la diferencia.

que con ser antiguo nada contenía de notable, y lo sustituye otra vistosa casa particular. Al lado opuesto los cuarteles, principados en 1807 para alojamiento de tropas, se han convertido, incompletos aún, en el imprescindible teatro que á toda decorosa población hoy día corresponde.

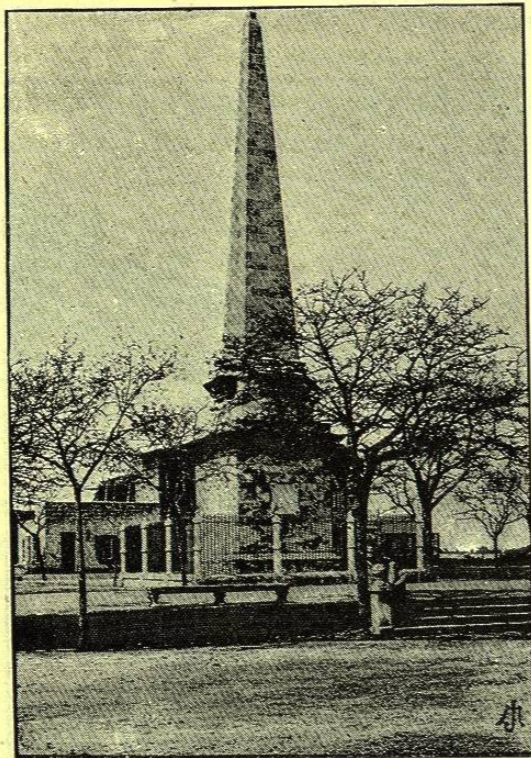


CIUDADELA. — BORNE

Faltábale en el centro del área el paseo para el cual ofrecía espacio, cuando de un elocuente sacerdote brotó el patriótico llamamiento á conmemorar en aquel sitio con una perenne lápida la proeza cuyo aniversario se celebraba, y de un entusiasta aficionado la traza del obelisco levantado á los héroes del 9 de Julio (a). Testigo fuí de la colocación de su primera piedra por el obispo Roda en una tarde de verano de 1857, y jamás olvidaré

(a) Cupo el honor de la iniciativa al eminente orador P. José Nin ex-francis-

la espléndida procesión, las ricas colgaduras de terciopelo que adornaban los balcones de la carrera, las pompas del sagrado rito, y á la noche los ingeniosos fuegos imitando el bombardeo



CIUDADELA.—OBELISCO DEL BORNE

y resistencia de una plaza, en cuyo opaco muro destacóse de pronto con luminosas letras el glorioso *Usque ad mortem* (a). Elévase el monumento de grandiosas y correctas proporciones, sobre el suelo donde, franqueada ya la brecha por los sitiadores, se ensangrentó más y con mayor pérdida de los fieles el desigual combate; del segundo cuerpo resaltan como empotradas las urnas fúnebres con parcos y expresivos trofeos, y de él arranca hasta la altura de veinte y dos metros la imponente pirámide, símbolo á la vez de sublime anhelo y de augusto reposo. Modelo de estilo lapidario por su clásico laconismo son las inscripciones destinadas desde el principio

cano, primer rector del seminario Conciliar, recordable por su saber y sus virtudes y su generosa muerte al servicio de los enfermos del cólera en 1865; el del diseño y de la dirección de las obras al autor de la historia de Menorca, el referido Rafael Oléo mi buen primo, mejor artista que escritor.

(a) Es la frase consignada por los bravos defensores de Ciudadela en el documento que firmaron hallándose cautivos, como en el cap. I se refiere.

á sus cuatro frentes é ignoro por qué razón aún no esculpidas: *Hic sustinuimus—usque ad mortem—pro aris et focis—ann. MDLVIII*. Al rededor de este inmóvil eje, circuido de verja de hierro para mayor realce, subióse al nivel de unas escalinatas el salón del paseo en figura elíptica, y crecieron los árboles, y una balaustrada de piedra de imitación gótica aisló del exterior el terreno del alcázar, que nada perdería con quedar envuelto en más densa espesura si lo permitiese la inclemencia de los vientos. Sólo un conjunto especial de circunstancias da lugar á reunir tan distintos conceptos de altos recuerdos y de ameno ornato en el Borne de Ciudadela.

Desde allí, rectamente alineada, penetra la contigua calle hasta la Casa Consistorial á expensas del derribo de su fachada, que ganaría en regularidad por lo menos, al propio tiempo que en anchura la vía que sigue á lo largo de la catedral; lo más antiguo que hasta nuestros días ha conservado era un balcón de piedra construido en 1622. Desembocan á los lados calles de buen aspecto y escogido vecindario: á la izquierda la del Obispo, cuyo palacio con su portada y balcones la coge entera por un costado; á la derecha la despejada que toma nombre de la iglesia del *Roser*; en frente, á espaldas ya del templo principal, tropiézase con la angosta plaza Vieja, que guardaba en uno de sus recodos la primitiva curia y la cárcel, y que flanqueada de pórtico de baja arquería y gruesos pilares, sirve á la población de común centro á todas horas, y converge con otra línea más corta de soportales, partida de diverso ángulo, hacia las cuatro agudas esquinas correspondientes á los cuatro barrios de la ciudad. Irradia al sur la prolongada y ancha calle del Socorro, conduciendo por varias revueltas á la demolida puerta de Artuig; al norte la estrecha y tortuosa de Santa Clara, terminando en la salida de la Fuente; á levante aquella triple angostura del pasaje descubierto y de las *Voltas* que lo ciñen, por cima de las cuales vienen á besarse casi los frentes de sus viviendas, enfilando al extremo la destartada plaza Nueva, y más